

trataba con esta especie de cortesanas, de quienes Anaxilao decía que eran capaces de todas las infamias.

Se ha pretendido que Solon fué indulgente con estas torpezas por evitar otra mayor; pero parece, por el contrario, que hasta toleró la infamia que mas degrada al amante y al amado (1); lo cierto es que esta infamia se ostentaba desvergonzadamente por toda Grecia. El batallón sagrado de los Tebanos se componía de tales amigos: en Esparta, donde estaba prohibido tomar mujer hasta la edad de treinta años, cada uno debía escoger su predilecto. Anacreonte llena sus versos del nombre de Batilo, su manco; Aristipo y Bion con su doctrina y Arcesilao con su conducta autorizaron la acusación que se les hace (2). Cuenta el grave Plutarco la rivalidad de Aristides y Temístocles por el hermoso Estesileo de Céos. Fidias, en un dedo del Júpiter Olímpico, que debía adorarse por toda la Grecia, esculpió el nombre de su favorito (3). Harmodio, el héroe cantado en todos los banquetes de Atenas, era el concubinario de Aristogiton, el cual temiendo que Hiparco lograra por fuerza lo que no pudo por seducción, mató á este hijo de Pisistrato (4). La ley solo castigaba á aquellos que forzando á los varones les causaban la muerte; una contribución impuesta á su impudicia parecía autorizarla; y apenas podemos imaginarnos al huérfano Diofante, presentándose ante el arconte para reclamar el precio de su corrupción, en nombre de la tutela que debía á los huérfanos el tribunal.

Muy libres, por lo tanto, eran los Atenieses en su disolución, y la juventud se entregaba á ella á ojos cerrados. Las casas de los músicos, de los artistas y de las cortesanas eran mas frecuentadas que el gimnasio y la palestra; los dados consumían el tiempo y el caudal, y bajo el pórtico de Minerva, en Falera, había juegos de azar, protegidos por la ley.

Mientras los ricos competían en lujo, la turba ociosa, vestida de harapos, pasaba el invierno en las estufas del Cinosargo; allí se exponían los bastardos, y solían recogerse las mas viles prostitutas (zurronas) y los pederastas ó bardajes. Algunos sustentaban su inercia con el corto estipendio que recibían por asistir á las asambleas; otros vivían de la estafa ó del espionaje, ó de comerse las ofrendas de los dioses, ó frecuentando los banquetes de los grandes,

(1) Así resulta del hecho de haberla prohibido á los esclavos. Plat. in Soli Nómōν ἔγραψε, διαγορεύοντα δοῦλον μὴ... παιδεραστῆν. Y en el Amatorio: Σόλων δούλους μὲν ἐρᾶν ἀββένων παιδῶν ἀνεῖτε (*).

(*) El autor olvida que pocas páginas antes ha citado un texto de Esquines, del cual aparece que el legislador prohibió este delito aun en los esclavos. Esto indica que lo consideró tan infame, que trató de ponerle coto aun en aquellos seres de cuya moralidad nadie se cuidaba. La opinión de que Solon estableció mancochías públicas para reprimir de algun modo el vicio de que se trata, está generalmente admitida.

(N. del T.)
(2) Diógenes Laercio en Arcesilao y Bion.
(3) Καλῶς πανταρχῆς.
(4) Tucídides VI, 54.

para los cuales era casi una obligación el mantenerlos: *Júpiter Filon*, dice uno de ellos (1), *fué el primer parásito. Trataba con ricos y con pobres, comía, bebía y se marchaba sin pagar nunca su escote.* Otro exclama, en Aléctides: *Como con los que me quieren bien, pero en los festines nupciales tengo siempre derecho á un puesto, aunque no se me convide. ¡ Oh! entonces si que estoy gozoso y divierto á la compañía. Alabo en su cara á quien me da de comer. Si alguno intenta contradecirme le lleno de injurias; pero solo hablo cuando estoy bien repleto de manjares y de vino. No tengo criado que vaya alumbrándome por la noche; me voy tambaleando por las calles; doy gracias á los dioses si no encuentro la ronda que me levante la piel con sus látigos de cerdas de puerco, y escondiéndome en mi tugurio me duermo mas feliz que un sátrapa.* Estos bufones, atentos solo á estafar comidas y á dar chascos, aduladores de toda felicidad y lamentadores de toda desdicha, cogiendo sin haber sembrado, no pensando sino en averiguar quién tenía mejor mesa, llevando las burlas y anécdotas escandalosas de banquete en banquete, formaban el deleite y el oprobio de la ciudad. Una reunión de ciudadanos otorgó á los hijos de Queréfilo la ciudadanía por la habilidad de su padre en guisar.

Aun despues de lo dicho, habría todavía materia para inspirar horror á los lectores, refiriendo las escenas inmorales que dominaban en Atenas durante la peste, ó para recrearnos con las niñerías á que debió Alcibiades su popularidad, el cual mientras se trataba un día en la asamblea de los negocios mas serios, dejó escapar un pájaro que escondía bajo la capa, y distrayendo de este modo la atención del público á quien hizo reír, consiguió su principal objeto. Acusado de infidelidad por su mujer Hipareta, se presentó otra vez al tribunal, cogió á la acusadora en sus brazos y se la llevó á su casa; lo cual bastó para que todos se rieran y él quedara absuelto. Las *Vidas* de Plutarco oprimen el corazón al ver las contrariedades que tuvieron que sufrir los grandes hombres, cuya influencia quedaba destruida en Esparta á causa de la general ignorancia, y en Atenas por la velocidad popular. Para los Atenieses era un agradable espectáculo el de la virtud puesta en ridículo en el teatro; no lo eran menos las injurias que mutuamente se dirigían en el foro los oradores; y de esta manera se alteraban todas las nociones de justicia y de verdad, pretendiéndose que la infidelidad y la injusticia que dominaban en el hogar doméstico intervinieran también en los negocios públicos. Antes de la batalla de Salamina se habían dejado sobornar los generales por el dinero persa: un Griego guió á Jérges para sorprender á Leónidas por la espalda: Temístocles aceptó treinta talentos de los de Eubea por inducir á sus compañeros á que dejaran estacionada la escuadra

(1) Diodoro de Sinops. *El Epicleros ó legatario universal.*

en el Artemisio, á cuyo fin dió cinco al Espartano Euribiades, y tres al Corintio Adimántes (1). Gracias á que tal partido era justamente el que mas convenia á la Grecia. Este mismo era quien satirizaba á Aristides por su probidad, diciendo que un estuche tenía tanta como él. Pericles suscitó la guerra del Peloponeso por no dar cuentas.

Las violaciones del derecho público no se consideraban como infames; Lisandro las confiesa. Febidas ocupa en plena paz la ciudadela de Tébas. Sfidriades intenta otro tanto con la de Atenas; los enviados de Jérges son asesinados en Atenas y Esparta. Sublévase Heraclea en la Traquinia y Esparta envía á Erápidas á sosegarla; llega rodeado de sus soldados, se hace nombrar á los culpados, y en el acto los manda matar en número de quinientos. Habiendo doscientos ciudadanos de Platea opuesto resistencia á los de Esparta, estos mandaron cinco jueces, los cuales fueron preguntados uno á uno si durante la guerra habían hecho servicios á Esparta y á los aliados, y como era público lo contrario, los degollaron á todos. Ya hemos visto cómo se condujo Atenas contra Mélos y Mitilene. En cuanto á los de Egina, no solo se apoderó de su patria, sino que persiguió á los fugitivos hasta en el asilo que encontraron en Laconia. Los de Corcira mataron á sangre fría á todos los prisioneros corintios; verdadero parricidio siendo Corcira colonia de estos. Despues de la batalla de Egospótamos hizo degollar Lisandro á tres mil prisioneros atenienses (2). Generales enemigos cogidos con las armas en la mano eran condenados al oprobio y á la muerte por los mismos que llamaban bárbaros á los Persas, los cuales acogían con honor á Temístocles y Alcibiades, contrarios suyos.

Así la lascivia y la crueldad se daban la mano para infamar el glorioso siglo de Pericles, unidas á la superstición que prostituía á las víctimas en Erice, Corinto y Comana; y que así como antes de Codro había inducido á Erecteo á sacrificar dos hijos para la salvación del Ática (3), indujo despues á Temístocles á degollar tres mancebos para vencer en Salamina. Tal es el horrible fondo sobre que está pintado el maravilloso drama de la historia griega, y lo que nos explica en gran parte la decadencia de Atenas; la cual, mientras Esparta, merced á sus duras leyes, permanecía fuerte y armada, se encontró exhausta de valor y patriotismo, cuando mas necesitaba de entrambas cosas.

CAPÍTULO XV

Primacía de Esparta.

Al principio de la guerra del Peloponeso se presentaron los Espartanos como libertadores;

(1) Herodoto.

(2) Segun Herodoto, Feretima, auxiliada por los Persas, habiendo entrado en la rebelde ciudad de Barce en la Cirenáica, hizo crucificar á los mas culpados y cortar los pechos á sus mujeres, poniendo estos horribles adornos en las murallas. Crueldad de mujer empleada contra mujeres.

(3) Demóstenes, *Oraciones fúnebres*; y cita otros ejemplos

pero á su conclusion se convirtieron en tiranos. En toda ciudad vencida ó aliada querían onaltecer la aristocracia, y Lisandro suscitó en ellas violentas revoluciones con el único objeto de que fuesen gobernadas por partidarios suyos, presididos por un Lacedemonio de su devoción. Las despóticas guarniciones de las ciudadelas pesaban á su antojo sobre el país. Esparta, la ciudad sin dinero, aquella cuyas escuadras no estaban mantenidas mas que por el oro persa, comprendiendo ya la necesidad de poseer un tesoro propio, lo llenaba arruinando á sus mismos aliados. Lisandro extrajo mil talentos (cinco millones y medio de francos) de las ciudadelas del Asia Menor; y despues de la toma de Sámos, última conquista de aquella guerra, remitió á Esparta otros 1,500, además de una gruesa suma en oro y plata, ofrecida con la espontaneidad que acostumbra los vencidos. Con este dinero hacia sucumbir Lisandro á su patria, á quien el hierro no había podido vencer. Establecieronse graves penas contra aquel á quien se le encontrase moneda alguna; pero ¿podía acaso reputar el pueblo por vil aquello mismo que tanto estimada la república?

Sobre los aliados de Esparta pesaba, pues, el mismo yugo que habían sufrido bajo la dominación de los Atenienses, con el aditamento de ser los dominadores gente rústica y grosera: en vez de Pericles y Temístocles, el brutal Lisandro; en vez de los conciudadanos de Sófoles y Fidias, una guarnición de Espartanos, tiranos en casa, en el campo y en los consejos.

Pueden medirse los padecimientos de las demás ciudades por los de Atenas. Lisandro, despues de haberla desmantelado, estableció en ella treinta oligarcas, con autoridad de vida y muerte; gente inicua y vil, como todos aquellos que abandonan su patria por pasarse al extranjero, sumisos á este, y sostenidos por la guarnición. Estos treinta tiranos comenzaron por perseguir á cuantos tenían fama de ricos ó de virtuosos, condenándolos á muerte ó á destierro. Uniendo el artificio á la maldad, mandaban á las personas probas verificar las prisiones, que eran inmediatamente seguidas de la muerte (1). Despues de haber desarmado á los ciudadanos, mandaron que el Areópago votase en público, de modo que privados los juicios de la libertad necesaria, se condenaba á cuantos eran acusados. Y que fueron muchísimas las víctimas lo prueba la asercion de Jenofonte, si bien exagerada; el cual dice que pereció mas gente en aquellos ocho meses que en los últimos veintisiete años de guerra.

El jefe de los Treinta era Crifias, discípulo de Sócrates. Terámenes, uno de ellos, sintiendo el primero la voz de la virtud y del remordimiento, quiso oponerse á sus compañeros; pero no impunemente se defiende uno en el camino de la tiranía cuando sus asociados continúan marchando por él. Condenado á muerte, la su-

(1) Sócrates recibió esta orden y se negó á obedecer. Platon. *Apol.*

frío con tan sereno valor, que hizo olvidar sus culpas para admirarlo (1).

Intimaron los Treinta en nombre de Esparta, que nadie diera asilo á los fugitivos de Atenas; pero las ciudades, sin temor al inhumano decreto, los acogian con la generosa piedad que á los desterrados muestran las almas ilustradas. Hasta al mismo Alcibiades tendieron asechanzas, el cual, arrojado de su refugio de Tracia, fué á ocultarse en el territorio de Farnabazo; pero este sátrapa, á instigacion de Lisandro, mandó gente que lo prendiese, y Alcibiades murió resistiéndose.

Á tal grado habian llegado los males que ya era de esperar se aminorasen. En Esparta sufrían muchos contra su voluntad el soberbio dominio de Lisandro; y los emigrados, perpetuos maquinadores de novedades, tenían inteligencia en Atenas.

Estos, nombraron á Trasibulo su jefe, el cual tan valiente en la guerra como justo en la paz, y decidido por la libertad de su patria, ocupó con setenta compañeros resueltos el puerto de Pilos, en el confin de la Beocia con el Ática; y allí reunió á los descontentos y á sus auxiliares, entre los que se contaban quinientos hombres enviados por Lisias, famoso orador de Siracusa, para vengar la muerte de su hermano y sostener la patria de la elocuencia. Trasibulo aguerria con pequeñas victorias aquel puñado de rebeldes (teníanse que llamar así hasta que el éxito los hiciese llamar héroes); y aunque los Treinta redoblaron su severidad, no pudieron impedirles la ocupacion del Pireo. En apoyo de su obra acudió Lisandro, pero lo detuvo Pausánias, rey muy amado de Esparta, ó compadecido de los padecimientos de los Atenenses, ó cansado de la presuncion del general. Con él trataron los Atenenses, llevándose á cabo la revolucion sin sangre, pues no se derramó ni aun la de los odiados tiranos.

Concedióse general olvido por lo pasado (2); se reconoció la deuda pública contraida por el anterior gobierno, lo cual le proporcionó á Trasibulo grandes alabanzas y una firme base á la paz: se restableció la ley que condenaba á confiscacion y muerte á cualquiera que ejerciese magistratura alguna bajo un gobierno contrario al democrático; se declaró inviolable al que matase al tirano; se mandó que todos jurasen dar muerte á los enemigos de la democracia, y venerar al que vengándola sucumbiese; y por último, se volvieron á poner en vigor las instituciones de Solon. ¿Pero volvía el espíritu con las formas? ¿Volvían las costumbres?

Dígalo Sócrates. Mecido en humilde cuna, hijo de un escultor y de una partera de Atenas, principió sirviendo á su patria con las armas, y en las batallas de Potideo y de Delio, viósele

Muerte de Alcibiades.

403.

Atenas reconocida la libertad.

401.

Sócrates.

470.

(1) Ed. Ph. Hiarichs, *De Cheramenis, Critia et Trasybuli, virorum tempore belli peloponnesiaci inter Græcos illustrium rebus et ingenio commentatio*. Hamburgo 1820.

(2) Primer ejemplo histórico de amnistía.

intrépido guerrero, salvar del enemigo en la primera á Alcibiades, y en la segunda cargarse en hombros al herido Jenofonte, y al través de las armas ponerlo en salvo. Dedicado despues al estudio bajo la direccion de los primeros maestros, llegó á conocer cuanto por entónces se sabía; aprendió tambien las artes liberales, y adquirió refinados modales bajo la direccion de Diótima, mujer elegante. No se entregó, como sus predecesores, á abstractas especulaciones, inútiles á la moral; por lo que se dijo que habia hecho bajar á la filosofía desde el cielo á la ciudad. No abrió escuela ni escribió su doctrina: popular, y hasta vulgar, en las plazas, en las encrucijadas, en el taller del carpintero, junto á la mesilla del remendon, principiaba por interrogar á los que se iban poniendo en su derredor, y discurriendo sobre los objetos mas simples y las ideas mas sencillas, guiábalos paso á paso al descubrimiento de la verdad; soliendo repetir que, semejante á su madre la partera, nada creaba, pero sí ayudaba á los otros á producir.

Esta humildad, inaccesible á la gloria de inventar un sistema, ó una escuela, formaba singular contraste con la vanagloria de los filósofos y sofistas á quienes queria combatir. El ser Atenas centro de la Grecia habia atraído allí á los filósofos; de modo que mas facilmente se difundian las ideas y se desarrollaban las fuerzas del entendimiento, rivalizando entre sí por alcanzar la perfeccion; pero al mismo tiempo las escuelas fomentaban la inercia del ánimo con la comodidad para aprender y la facilidad para sustituir á los propios juicios palabras y fórmulas aprendidas. Los primeros sabios habian filosofado desinteresadamente; pero entró despues una chusma que, viendo lo que la elocuencia alcanzaba en Atenas, abrió escuelas, donde por precio y oficio se enseñaba á discurrir y razonar.

Estos nuevos profesores facilmente degeneraron en maestros de charlatanismo y de sutilezas; y aparentando mas sabiduría cuanto menos tenían, enseñaban á inventar argumentos en pró y en contra, á disminuir las cosas grandes y aumentar las pequeñas, á enflaquecer la verdad y robustecer la mentira, destruyendo así la diferencia entre lo verdadero y lo falso, y echando por tierra la moral con no darla sino bases arbitrarias. Cleon, uno de estos, fué el primero que rebajó su decoro en la tribuna, alzando la voz, gesticulando, golpeándose los muslos, descubriéndose el pecho y corriendo acá y allá mientras hablaba; al contrario de Pericles que arengaba envuelto en su clámide, sin gestos ni declamacion (1). Hippias de Elide se alababa de saberlo todo hasta el punto de hacerse él mismo sus vestidos, calzado y adornos (2); y Gorgias de Leoncio se presentó en el

(1) Esquines, en *Timarco*. — Plutarco, en *Nicias*.

(2) Descaro sin igual, fácil ingenio, Lengua voluble; impone Siempre su voluntad, sea la que fuere.

Sofistas.

teatro diciéndose dispuesto á discurrir sobre cuanto quisieran proponerle.

En un gobierno como el ateniense, donde la elocuencia determinaba los consejos y las decisiones, tanto administrativas como judiciales, sostenia las usurpaciones de los poderosos, justificaba los delirios de la democracia y los desmanes de la tiranía; fácil es comprender el daño que causarían semejantes ejercicios, que tendian á extraviar la inteligencia y á envilecer el mas insigne don del hombre, la razon; enseñando á los jóvenes que se podia abogar sin preparacion alguna, y sostener sin conviccion lo mismo una causa mala que una buena.

Sócrates opuso á esta peste su carácter, su recto juicio y su fina ironía, restableciendo la lógica sobre sus verdaderas bases, y aprovechándose con preguntas continuadas de la mas leve concesion para hacer confesar á su adversario cuanto queria (1). Semejante método, que tan conveniente sería reproducir entre nosotros para poner en orden las desordenadas opiniones, hizo entónces que algunos lo creyesen simplemente un nuevo sofista, cuando por el contrario tendia siempre á dar á las ideas la precision mas lógica, y estudiaba el orden de la naturaleza para remontarse desde él hasta una causa primera; desenvolviendo las ideas de virtud y de vicio, no para reducir las á una exactitud científica, sino para el provecho de la vida. Mientras los demas filósofos, rodeados de una turba de discípulos, daban á muy subido precio lecciones de elocuencia, de gobierno, de pintura, de escultura, de guerra y hasta de virtud y de felicidad, semejantes en esto á las cortesanas que trafican diariamente con su belleza, parecia que Sócrates no habia estudiado tanto sino para ser mejor, para buscar las bases de los sentimientos nobles, para alejar las apariencias falsas, para llamar la ciencia en auxilio de la razon, é inspirar al hombre confianza en sí mismo. En tanto que los orgullosos sofistas,

No un hombre, sino cien, lleva en sí mismo;
Es moralista, físico, gramático,
Geómetra, orador, mago, político,
Médico y adivino y tambien teólogo;
Es todo en fin, y todo lo comprende.

JUVENAL.

(1) «Sócrates se acerca á los sofistas con humildad, les colma de elogios y con aire de docilidad y buena fe les hace una pregunta cualquiera muy sencilla y en apariencia ridícula. El sofista le contesta con una sonrisa de compasion; el sabio insiste, le ruega descienda hasta él y lo ilumine adaptándose á su escasa capacidad: así que le ha arrancado una respuesta, le hace otra pregunta, que es contestada, porque no se preve su objeto. Entónces Sócrates le presenta una dificultad, lamentándose de su corta inteligencia; su adversario intenta lanzarse á una vaga declamacion, pero el filósofo lo detiene suplicándole hable con brevedad y precision para no confundirlo; el otro se impacienta: Sócrates lo aplaca y tranquiliza con nuevos elogios, y el altanero sofista pronuncia al fin su oráculo. Sócrates deduce una consecuencia inmediata que es preciso concederle, luego otra que no puede negársele, la compara con las premisas, y queda el sofista cogido en el lazo, en un patente absurdo, en una contradiccion palpable. El pedante confuso prorrumpe en injurias; Sócrates se duele modestamente de que no se digne instruirlo, y finge marcharse mortificado: la ironía produce su efecto: riense todos, la presuncion queda puesta en ridiculo y la verdad triunfa. — CESSAROTTI, *Curso de literatura griega*.

aniquilando las ideas de verdad y virtud, abatian la religion sin poner nada en su lugar, Sócrates, con cándida sencillez, restablecia la idea de Dios, llamando á los hombres al conocimiento de lo verdadero, de lo bueno, de lo noble y de lo justo; de todo aquello, en fin, que de Dios procede y á Dios conduce. No hacia la guerra al culto dominante, ni habia llegado el tiempo de hacerla, ni dejaba de comprender que muchos sabian hermanar con la religion patria los mejores sentimientos morales; pero daba mas elevadas interpretaciones á las creencias populares, y sacaba de ellas lecciones sociales.

Sin embargo, nada afirmaba, diciendo que una sola cosa sabia, y era que no sabia nada: dudaba, preguntaba, atreviéndose solo á llegar hasta el límite de la verdad; pero allí se detenía, bien fuese por contrariar las absolutas decisiones de los sofistas, ó por conocer la impotencia del humano entendimiento, el cual por sí solo puede comprender la vanidad de la ciencia, pero no abarcar la verdad entera, que es Dios.

Y dedujérala de donde quiera que fuese, tenia Sócrates formada de Dios la idea mas sublime. Confesaba la unidad del Ser supremo, deduciendo de aquí la moral mas pura que ha profesado ningun gentil (1). Practicaba esta misma moral, manifestándose siempre tan ardiente amigo de la verdad, que el callarla le hubiera hecho culpado ante su conciencia, órgano inmediato é incorruptible de la Divinidad, y á la que llamaba su *genio* (2). Cuando los generales vencedores en las Arginusas fueron citados á juicio por sacrilegio contra los muertos, él solo, pero constante, se opuso á su condenacion: los Treinta tiranos solo á él entre los oradores prohibieron hablar al pueblo, pero él, sin sobresalto alguno, ya con el silencio, ya con la palabra, desaprobaba su conducta. Su amor á la justicia y á la patria parecia que debía lanzarlo á la política; pero por una parte queria oponerse al frenesí, universal entónces, de mezclarse en los negocios públicos, y por otra declaraba que su mision era la de educar á la juventud, verdadera base de la buena administracion del Estado, diciendo: *Mejor sirvo á mi patria formándole buenos ciudadanos*.

Sin embargo, su discípulo predilecto era el disoluto Alcibiades; y discípulo suyo fué tambien Critias, jefe de los Treinta, el cual sostenia que la religion y el culto no eran mas

(1) Trataremos mas especialmente de su doctrina al hablar de la filosofía griega en el capítulo XXII.

(2) Últimamente Lélut, médico en Atenas, publicó un libro bajo el título *Du Démon de Socrate*, que concluye así: «Il résulte que Socrate est bien véritablement fou, puisque, s'il y a un caractère formel et indubitable de la folie, ce sont les hallucinations, c'est-à-dire cet état intellectuel où nous prenons nos propres pensées pour des sensations causées par l'action immédiate des objets extérieurs. Sa philosophie a présent, pendant qu'il n'a que vingt ans, ce caractère irréfragable de l'aliénation mentale.» Con esto pretende dicho médico hacer una aplicacion de la psicología á los estudios históricos, y no hace mas que demostrar cuán poco vale el frío cálculo para llegar á comprender la inclinacion hácia lo bueno y lo bello, irresistible en un alma educada por un largo ejercicio de prudencia y de virtud.

que bellas invenciones de los legisladores para alucinar al vulgo. Estos habian degenerado del maestro, pero los malévolos le achacaban las culpas de sus discípulos, los desórdenes del uno, las atrocidades del otro. Las verdades que decia debian atraerle odios: si á la deseneadenada democracia de Atenas oponia la estabilidad de Esparta, se le declaraba desafecto á la patria; habiendo dicho que la patriótica severidad de Eurípides le agradaba mas que la desvergonzada mofa de Aristófanes, este lo puso en escena errante como un somnábulo, ya sobre las nubes, ya debajo de ellas, y achacándole precisamente aquellas ideas abstrusas de que mas ajeno se encontraba; moda vieja y que sin embargo siempre se reproduce.

Costumbre es de los gobiernos democráticos mirar con malos ojos al que se eleva, y los Atenienses, no distintos de los modernos, odiaban toda superioridad, hasta el punto de castigarla con el ostracismo (1). Lisonjaba este bajo sentimiento Aristófanes poniendo en ridículo á Sócrates, al trágico Eurípides y al astrónomo Meton, que inventó el ciclo de 19 años, y á quien él llamaba medidor de aire.

Caso era aquel para que Sócrates recordase el dicho de Eurípides: *Aborrezcámos á aquellos que celebrando las burlas, pervierten á los hombres*. Pero él no pensaba en disculparse; rectó en su camino, fiel á sus convicciones, formaba discípulos que debian honrarlo eternamente como Jenofonte, Cebes, Antístenes, Aristipo y Platon. Las injurias no lo alteraban; y cuando en el teatro se veía puesto en escena, permanecía inmóvil y atento, diciendo, que le parecía hallarse en un banquete donde alegraba á los convidados. Habiendo recibido un bofetón, exclamó: *Lástima es que no sepa el hombre cuándo debe salir con visera*. Su tormento doméstico era su mujer Jántipa, que diariamente le proporcionaba ocasiones de ejercer la paciencia: esta un día, despues de un diluvio de injurias, le arrojó á la cabeza la lejía; pero él no dijo mas que: *Rara vez truena sin llover*. Confesaba Jántipa que nunca habia visto á su marido salir y volver á casa con distinta expresion en su semblante. ¡Tanto revelaba el exterior aspecto la tranquilidad interior! Un tal Zopiro, el Gall ó el Lavater de Atenas (2), que preten-

(1) Jenofonte (Ἀθηναίων πολιτεία) dice del pueblo ateniense: «Persigue á los hombres de mérito, ó á todo superior, degrada y condena á destierro ó muerte á los mas ilustres, mientras colma de honores á los que extrae de la nada: todo para mayor gloria de la democracia... Celoso de su propio honor, no sufre ser presentado ó censurado en el teatro, pero fomenta en él la sátira licenciosa con tal que recaiga sobre los nobles, ricos ó varones célebres; y no es porque los desprecie; los odia porque los estima y teme. Démosle el parabien por comprender tan perfectamente sus intereses. Hace lo que le tiene mas cuenta.»

(2) Aristóteles nos dice que los fisonomistas antiguos juzgaban de las cualidades del ánimo por la semejanza de facciones con las de los pueblos que mas se diferenciaban entre sí por su forma exterior y costumbres como los Egipcios, Tracios y Escitas. Διέδομενοι κατὰ τὰ ἔθνη ὅσα διέφερε τὰς ἕψεις καὶ τὰ ἦθη, ὡς οἱ Αἰγύπτιοι, καὶ Θράκες, καὶ Σκύθαι. *Fisonomía*, cap. 4.

dia conocer por la fisonomía las inclinaciones de un hombre, dijo, examinando á Sócrates que debia de ser soberbio, estúpido, envidioso y lascivo; y habiéndose reido de él cuantos conocian á Sócrates, confesó este que efectivamente sentia tales inclinaciones, pero que las habia sofocado á la fuerza. Por esto declaró el oráculo de Delfos que no habia hombre mas libre, justo y prudente que Sócrates.

Viendo perecer ó salir desterrados á tantos por la crueldad de los Treinta, decia: *El pastor que viese de día en día menguar su rebaño, y no quisiera confesar que era un mal ganadero, no sería sincero; ménos aun lo sería el jefe de una ciudad que, viendo disminuirse los ciudadanos negase ser un mal gobernador*. Los Treinta, por lo tanto, le mandaron callar y no hablar con persona que bajase de treinta años, pero él siguió con igual libertad, y al que le preguntaba si no temia que le viniese algun daño por su franco modo de hablar, le respondia: *Antes aguardo mil, pero ninguno igual al que cometería haciendo una injusticia*.

A pesar de hallarse dotado de semejantes virtudes, tal vez hubiera vivido tan solo en la grata memoria de sus discípulos, si la persecucion no le hubiese alcanzado y conducido á un fin, que formó de él un ideal, nuevo todavía para la Grecia, cual era el de un sabio que moria por sostener su opinion. En efecto su virtud, respetada por los tiranos de Atenas, no encontró el mismo respeto entre sus conciudadanos, que enjuiciaron al justo como reo de impiedad, corruptor de la juventud y maquinador de novedades; culpas que se suelen echar en cara al que no tiene ninguna. Un tal Melito, poeta trágico silbado, un abogado llamado Licon, y un rico propietario llamado Anito, que habia ayudado á Trasíbulo á redimir la patria, y que por lo mismo la echaba de popular, promovieron el proceso y alegaron las pruebas de su culpa. Los jueces, segun la costumbre, preguntaron á Sócrates de qué pena se juzgaba digno: *De ser colocado*, respondió, *en el palacio de la ciudad y mantenido á expensas públicas*. El derecho individual estaba eminentemente desarrollado en Atenas, cuando todos tenian voto y querian demostrarlo con hacer todos las leyes é intervenir todos tambien en los juicios. Por las reformas democráticas de Pericles se habian transferido los juicios del Aréopago á los tribunales públicos, compuestos á veces de 500, 1,000 y 1,500 individuos, elegidos por suerte. Ante esta turba, ¿habiera podido explicar su filosofía? ¿Convenia á su sistema comba ir las costumbres patrias para demostrar los fundamentos de sus innovaciones? Creyendo, pues, locura pretender convencerlos, y cobardía renegar de sus creencias, no quiso servirse de los artificios oratorios á que recurrían los reos para salvarse, diciendo le sentarian tan mal como el calzarse borcegués jónicos. Al que le preguntaba por qué no pensaba en su defensa, respondia: *Toda mi vida he pensado en ella, no haciendo nada*

Sen-
tencia
conde-
natoria
de
Sócrates.
400.

digno de castigo. Y cuando le tocó hablar, pronunció «una arenga pueril de inconcebible sublimidad (1).»

« Soy septuagenario, y es la primera vez que me presento ante un tribunal; por lo tanto, ignoro el artificioso lenguaje de mis adversarios; pero solo por obedecer á la ley, os hablaré como me habéis oido hablar siempre en la plaza, en los bancos y en otras partes. Proclaman mis acusadores que indago las cosas celestes y las subterráneas, hago buena causa mala y enseño este arte á los demas. Pero yo digo de esto que no sé nada; y pues que siempre hablé en público, decid si me ha oido alguno jamas proferir semejantes cosas, ó mas bien si los que de jóvenes me escuchaban, no han continuado amándome cuando adultos. Mi sabiduría es enteramente humana, y el oráculo me ha declarado mas sabio que todos, solo porque sé que no sé nada; y por que lo dije, me atraje la enemistad de los filósofos, artistas y poetas, que creian saber muchísimo. La juventud que me oye aprende á no hacer gran caso de su pretendida sabiduría; y por eso dicen que yo la corrompo, y por eso han excitado contra mí el odio de Melito, de Anito y de Licon. Ahora me imputan estos los delitos de corromper á los jóvenes, de no creer en los dioses é introducir otros nuevos. Pero la primera imputacion es increíble, porque nadie ciertamente querria ir poco á poco convirtiendo en malvados á hombres que despues podrian perjudicarlo: y si yo he caido en falta, ¿por qué mis acusadores no me corrigieron é instruyeron á tiempo? En cuanto á la segunda, está contradicha por la tercera, pues que con solo hablar de mí demonio, ya demuestro creer en la existencia de los dioses. Este demonio me manda filosofar y yo obedezco, como obedecieron vuestros capitanes, ¡oh! Atenienses, en Potidea, Anfipolis y Delio; y si me enviárais absuelto bajo la condicion de no volver á filosofar, no querria, por obedeceros, desobedecer á las dioses, á los cuales creo no puede tributárseles mayor honra que trabajar continuamente, á fin de insinuar en el ánimo de jóvenes y viejos lo preferentes que son los bienes del alma á los del cuerpo y á las riquezas. Y si ahora me defiende no es tanto por mí cuanto por miramiento vuestro, porque si me hacéis morir inocente, pecaréis contra Dios, que me puso sobre vuestra ciudad como á un tábano sobre un noble caballo para picarlo y tenerlo despierto. Por lo cual, si bien jamas desempeñé magistratura alguna, creo haber prestado grandes servicios á la patria, con no haber abandonado nunca la causa de la justicia, ni haber cedido ante la fuerza ó autoridad del pueblo ó de los tiranos. Ni para interesaros ahora en mi favor recurriré á medios que crea ménos buenos ó justos, porque al contrario

(1) Montaigne.

de lo que se me imputa, creo en Dios mas que cualquiera de mis acusadores: por esto á Dios y á vosotros remito mi juicio.»

Impusósele una multa, y rehusó pagarla, porque no pareciera con esto que se confesaba reo. Queriendo sus amigos proporcionarle la fuga, se negó á recurrir á ella, diciendo que no habia lugar alguno en el Atica donde no se muriese. En efecto, la fuga hubiera degradado la dignidad de su causa, que en vez de esto, atendida su constancia, quedó honrada por la posteridad.

La turba, conmovida entónces por las palabras de los que invocaban la patria, el culto y la educacion, lo condenó por 281 votos sobre 556, esto es, por tres votos solos. No supo Sócrates llevar en paz esta injuria, y cambiando su defensa en una ironía mordaz que rayaba en vilipendio, se confesó vencido, pero no por la razon, sino por la audacia y la desvergüenza; hizo su elogio y concluyó diciendo: « Grande esperanza tengo, ¡oh jueces! de que me resulte un bien por haber sido condenado á muerte. Porque una de dos, ó con la muerte termina todo, ó una nueva vida nos aguarda. Si todo termina, ¡qué felicidad reposar dulcemente y sin sueños despues de los grandes trabajos de la vida! Si otro mundo me espera, ¡qué contento encontrarme con los antiguos sabios; unirme á tantos otros heridos por inicuas sentencias, y muerto por vuestra mano, presentarme á aquellos que tienen derecho á llamarse jueces! A vosotros ningun mal os deseo, sino en cuanto tuvisteis intencion de hacerme daño. Yo voy á morir, vivid vosotros: cuál de entrambas cosas sea la mejor, los dioses únicamente lo saben.»

Pero aunque por sus palabras parecia dudarlo, él tenia por cierto que una vida inmortal se abria á su alma, y así es que aun cuando despues de haber bebido serenamente la cicuta, vió llorar á sus amigos, él solo hablaba intrépido con ellos de sus póstumas esperanzas y con ellas moria. Preguntándole uno, antes de espirar; si deseaba alguna cosa: *Si*, dijo, *sacrificad por mí un gallo á Esculapio*.

Acostumbraban á hacer igual sacrificio los que curaban de una enfermedad peligrosa, y considerando como tal la vida, quiso, con su acostumbrada ironía, dar gracias al Cielo por haberlo librado de ella.

Poco tardó Atenas en conocer su crimen y arrepentirse. Melito fué muerto por el furor del pueblo; Anito se fugó, y los demas perseguidores quedaron tambien castigados, unos con multas, otros con la infamia, todos con el remordimiento.

CAPÍTULO XVI

Retirada de los diez mil. — Lisandro. — Agesilao.

Volvamos los ojos hácia la Persia, que tanta parte representó en las vicisitudes de Grecia.